

el acoso a Suárez —teóricamente respaldado frente a la campaña por toda la Ejecutiva— se ponga más de manifiesto, dentro del partido, si se llega a esta democratización interna. Que tampoco parece tener otra salida.

EN todo ello, en toda esta crisis del partido gobernante y en el ataque que experimenta, hay algo profundamente grave: que el partido, Gobierno y presidente se identifiquen de esta manera a algo que forzosamente ha de estar por encima de ellos, y que son las instituciones democráticas. Cuando Adolfo Suárez establece esta identificación, debería inmediatamente anunciar un comportamiento de defensa contra las instituciones. Si hay una campaña contra él o contra su partido, allá ellos con su posibilidad de pactos o de componendas: si hay una campaña contra las instituciones democráticas, la identificación debe cesar claramente y se han de tomar medidas contra ella, a partir de las denuncias concretas de nombres o entidades envueltos en esa campaña que lo es contra la legalidad y contra la comunidad. El presidente y su partido de Gobierno —partido para el Gobierno— no han cesado, durante todo los años de su poder, de mantener este equívoco, y hasta de forzar la situación para parecer cada vez más los únicos sostenedores de la democracia. Si la autocracia sostiene muy bien la expresión "el Estado soy yo", es, en cambio, incongruente decir "la democracia son yo": nadie que lo entienda así o que lleve la democracia a esa personalización puede, realmente, estar al frente de una democracia.

HAY algo de inmoral en toda esta situación por la cual los verdaderos demócratas se ven obligados a la defensa de la persona política y de la creación centrista del presidente Suárez para defender, en realidad, las instituciones. Hay mucho de presión moral, incluso en las frases traslucidas de la reunión de UCD sobre el valor triple de la campaña. Requieren, por lo menos, que se exija de Suárez y de UCD que combatan inmediatamente esa campaña; que se dediquen, sobre todo, a salvar las instituciones. Que se salven ellos o no como gobernantes no deja de ser más que un asunto puramente secundario.

Lo grave de la crisis interna de UCD es su pretendida identificación con la crisis de las instituciones democráticas. En la foto, reunión del Comité Ejecutivo del partido para el Gobierno.



SEXO Y VIOLENCIA

EL pornógrafo está contento. La Administración pública —el Gobierno—, en el uso de su capacidad clasificadora, de su división del mundo en un cierto orden, emite un proyecto de Ley por el que se le protege: las Salas X, que proyectarán sus películas, serán minoritarias y semiclandestinas. Serán más caras, no podrán hacer publicidad. La pornografía, como se sabe, es un arte secreto, misterioso, como la feliz X con que se va a clasificar. En cuanto es pública pierde su interés. Recogido en su caldeada salita pequeña y cálida —calor humano—, el Pornógrafo será más feliz pensando que su dinero —las X van a ser más caras, con una fiscalidad que servirá para proteger otras proyecciones— sirve para fomentar el cine familiar. Reirá feliz, contemplando el revoltijo corporal, mientras piensa que a esas mismas horas los padres de familia estarán con sus hijitos viendo una insulsa película de las llamadas familiares. Porque el cine familiar, como el teatro infantil, está hecho pensando que los niños y los jóvenes son tontos. Quizá con la intención secreta de que no dejen de serlo. Como será que hay que dar dinero y facilidades, prohibir el acceso a las salas normales, para que alguien vaya a verlo.

Lo más interesante de esta división del mundo, de esta clasificación, es la unidad, destinada a las Salas X, de las películas dedicadas fundamentalmente "al sexo y a la violencia". Piensa uno cómo habrá sido o cómo será —si lo es aún— la vida sexual del legislador para equiparar el sexo a la violencia; o qué placer sentirá cuando ejerce la violencia que le hace capaz de identificarla con el sexo. "Sexo y violencia" es una continua imprecación de la derecha, que parece significar que sus periodos de gobierno están presididos por la castidad y la dulzura, como en el jardín de monasterio (tibetano). Es curioso que nuestra Administración la asuma con esa facilidad. Un dato más.

La clasificación parece que va a dividir en cuatro el mundo del espectador de cine. Por una parte, las salas normales o comerciales, donde el sexo y la violencia aparecen, pero poquito, y sin duda por necesidades del guión. Por otro, las de arte y ensayo, para jóvenes intelectuales despectivos. El pornógrafo tendrá su asiento en las pequeñas y ocultas salas X.

Y los padres de familia podrán ir acompañados de sus esposas y de sus hijos a ver un cine constructivo. Sin violencia ninguna, como en las películas de Tom y Jerry o de Popeye. O sin sexo, como "La bella durmiente del bosque". Y el legislador dormirá, desde entonces, tranquilo, considerando que ha hecho un reparto justo y equitativo del mal y del bien de este mundo. El que se quiera perder, que se pierda. Pero, eso sí, que le cueste un poco más de dinero. Los pobres, al menos, se salvarán. ■